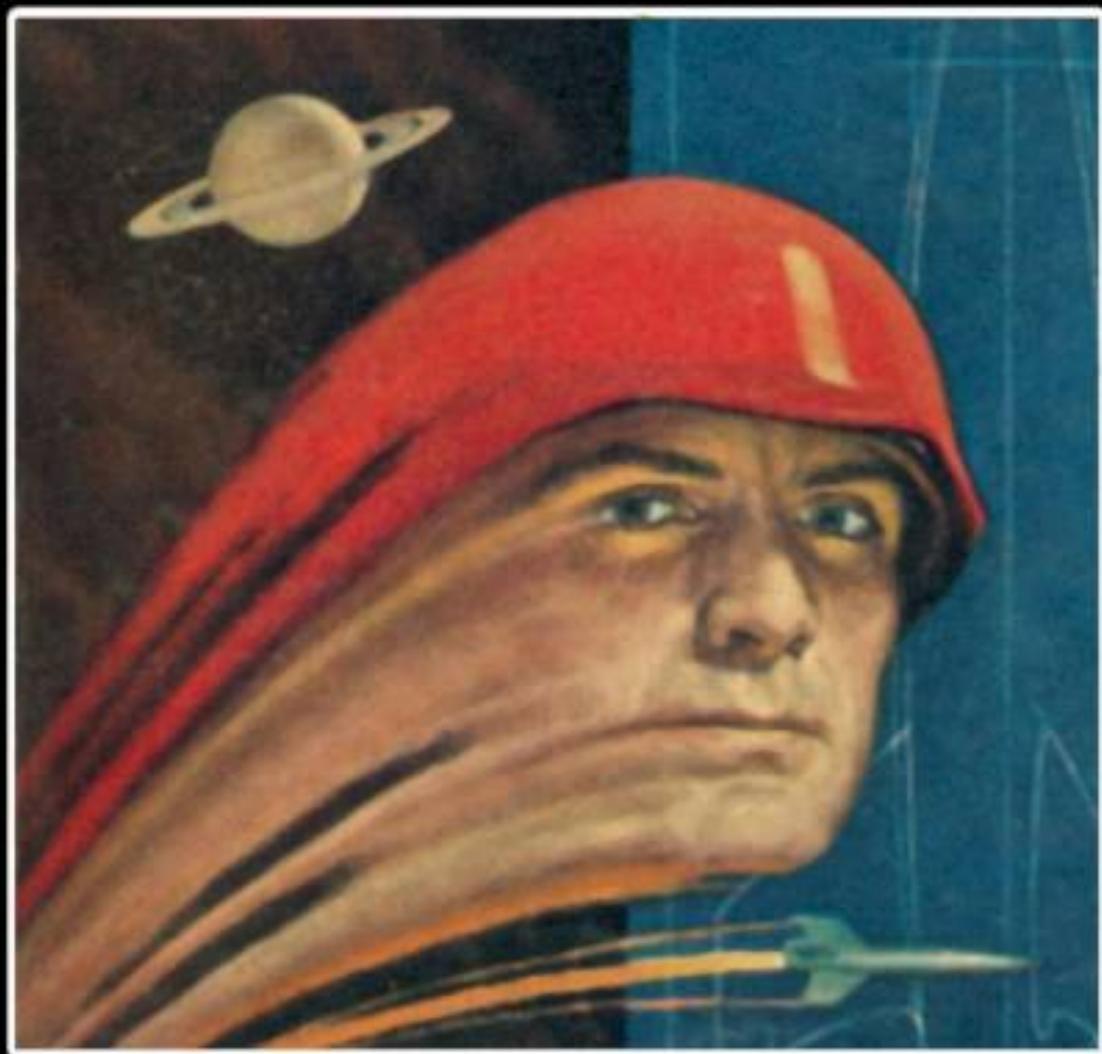


SIN
**MUNDO
PROPIO**



Poul Anderson

En el primer viaje interestelar de la civilización, Edward Langley, a los mandos de la *Explorer*, recibe orden de traer un ser de cualquier otro lugar del universo. Pero, al regresar a la tierra tras su viaje experimental, descubrirán una amarga verdad... la visita a las estrellas se ha cobrado un terrible precio.

Uno

La espacionave salió, como un relámpago, de la superimpulsión y quedó pendiente de una oscuridad inflamada de estrellas.

Durante un momento reinó el silencio.

Luego, alguien dijo:

—¿Dónde está el sol?

Edward Langley hizo dar media vuelta a su sillón de piloto. Había mucha quietud en la cabina, Solo el susurro de los ventiladores tenía voz y él podía oír hasta los latidos de su corazón. El sudor le escocía en sus costillas. El aire era cálido.

—No, no lo sé —respondió por fin. Las palabras sonaron a duras y vacías. En el panel de control había pantallas que le daban una visión espléndida de todo el firmamento.

Vio a Andrómeda. Vio la Cruz del Sur. Vio gran extensión de Orión.

Pero en ninguna parte de aquel cristal negro localizó el foco deslumbrante que se esperaba hallar.

La carencia de peso era como un descenso sin fin.

—Estamos en la región general, de acuerdo —prosiguió al cabo de un minuto—. Las constelaciones; son las mismas, poco más o menos. Pero... —El tono de sus palabras se desvaneció.

Cuatro pares de ojos registraron las pantallas con ansiedad. Por último, Matsumoto habló:

—Por aquí... en Leo... la estrella más brillante que se puede ver.

Miraron hacia la brillante chispa amarilla.

—Creo que tiene el color adecuado —dijo Blaustein—. Pero está terriblemente lejos.

Tras otra pausa, gruñó impaciente y se inclinó sobre su asiento hacia el espectroscopio. Lo enfocó con cuidado sobre la estrella, introdujo una placa con el espectro solar y pulsó el botón de la unidad comparadora. Ninguna luz roja se encendió.

—Lo mismo, un poco más abajo de las líneas Fraunhofer —declaró—. La misma intensidad de cada longitud, hasta dentro de unos pocos quanta. Si no el Sol, es su hermano gemelo.

—¿Pero a qué distancia? —susurró Matsumoto.

Blaustein puso en acción el analizador fotoeléctrico. Leyó la respuesta en una de las esferas y manejó una regla de cálculo con la pericia propia de su prestigio profesional.

—Sobre un tercio de año de luz —aseguró—. No muy lejos.

—Un infierno demasiado lejos —gruñó Matsumoto—. Deberíamos haber salido dentro de un A. U. (*Astronomic Unit*, Unidad astronómica, medida utilizada por los astrónomos, N. del T.) ante el morro. No me digas que la maldita máquina se ha vuelto a desquiciar otra vez.

—Pues... eso parece, ¿no? —murmuró Langley. Sus manos se movieron por entre los controles—. ¿Trato de saltar más cerca?

—No —dijo Matsumoto—. Si nuestro error posicional es así de desgraciado, un salto más podría hacernos tomar base dentro del sol.

—Lo que sería casi como aterrizar en el infierno o en Tejas —dijo Langley. Sonrió, a pesar de que en el interior de su garganta había un cierto malestar—. ¡Está bien, chicos!, podríais ir a popa y comenzar a repasar aquel cacharro. Cuanto antes encontréis la avería, más pronto podremos regresar a casa.

Asintieron, se desabrocharon unos a otros los cinturones y utilajes y salieron, flotando, de la sala del piloto. Langley suspiró.

—Ni tú ni yo, Saris, podemos hacer otra cosa que esperar —dijo.

El holatano no respondió. Nunca hablaba innecesariamente.

Su enorme cuerpo de piel untuosa estaba inmóvil en el sillón de aceleraciones que ellos le habían preparado, pero sus ojos vigilaban.

A su alrededor, parecía respirarse un olor especial; no desagradable, pero raro. Una reminiscencia de alguna hierba exótica expuesta a la influencia solar, o algo así. Era impreciso cuando se intentaba concretar, pero bien patente, cuando no se le concedía importancia. Se le advertía en seguida su procedencia extraña. Parecía venir de un cielo despejado, de un lugar próximo a un arroyo o de un río de tranquilas aguas.

Al llegar a este punto de sus meditaciones, los pensamientos de Langley parecieron transformarse en algo semejante a un delirio psicopático, porque, mentalmente, dijo:

«Un tercio de año de luz. No es demasiado. Volveré contigo, Peggy, aunque tenga que cubrir toda esa distancia arrastrándome como un reptil».

Así, sin más, aquello parecía no tener ningún sentido.

Colocando la nave en vuelo automático, con el improbable riesgo en contra de chocar con algún meteoro, Langley abandonó su sillón.

—No debería costarles demasiado rato —dijo—. Han adquirido mucha práctica, desmantelando aquella pila de chatarra. Mientras, ¿te apetece una partida de ajedrez?

Saris Hronna y Robert Matsumoto eran los «Diablos» del ajedrez en el *Explorer* y era extraño contemplarles: un humano cuyos antepasados emigraron del Japón hacia América, y una criatura nacida en un planeta distante de la Tierra

mil años luz, absortos en el juego inventado por un persa fallecido hacía una eternidad. Más que la vacía oquedad que había atravesado, más que los soles y planetas que había visto desfilas ante sí a través de la oscuridad y el vacío, eso le daba a Langley un sentido de la influencia y perseverancia del pasado.

—No, gracias —Los blancos colmillos relucieron de un modo raro, cuando su boca y garganta emitieron aquellas palabras, en un idioma para el que no habían sido creadas—. Preferiría dedicar mi atención a este nuevo y sorprendente desarrollo de los acontecimientos.

Langley se encogió de hombros. Incluso tras tantas semanas de convivencia no se había acostumbrado al carácter del holatano, la misma bestia de presa que tenía nariz para husmear las huellas y rastros del bosque, sentándose mientras las horas pasaban con ojos ensoñadores y una cabeza llena de incomprensible filosofía. Pero ya no le asombraba nada.

—¡Está bien, hijo! —exclamó—. Entonces, pasaré mis anotaciones al diario de a bordo.

Empujándose con un pie en la pared salió disparado por el hueco de la puerta y recorrió el estrecho pasillo. En el extremo de este se agarró a un resorte, giró en redondo hasta entrar en una pequeña habitación y enroscó sus piernas en torno a una silla ligera atornillada ante un escritorio.

Su diario de a bordo estaba abierto, sujeto por el magnetismo de su contracubierta de delgada plancha de hierro.

Con una languidez que era una lucha contra su propia y furiosa impaciencia, el hombre pasó las hojas del libro.

Langley repasó el registro del año anterior, los saltos errantes de estrella a estrella, maldiciendo y desahogándose en un embrollo de cables y tuberías. Llamas azules sobre hierros, soldándose, medidores, reglas de cálculo, una lenta batalla machacando hacia la victoria. Allí había habido un sistema de cambio de opiniones tras otro, a cual mejor, y, finalmente, el salto desde Holat hacia la Tierra, en viaje de

regreso. Fueron los filósofos de Holat cuyas mentes no humanas, examinando el problema desde un ángulo extraordinariamente distinto, sugirieron los últimos y vitales procedimientos; y, ahora, el *Explorer* regresaba a casa para entregar a la humanidad un Universo.

¡Era un gran acontecimiento!

Los pensamientos de Langley volvieron a vagar por los mundos que había visto, maravilla y belleza, espanto y muerte, siempre un pulso acelerado ante la posible consecución de la victoria. Luego saltó a la última página, desprendió una pluma de su soporte y escribió:

19 de julio del año 2048 a las 16:30 horas. Emergemos a un 0,3 años de luz del Sol, aproximadamente según cálculos, error que se presume sea debido a alguna imprevista complicación en las máquinas. Se están efectuando intentos para corregir la Posición.

Masculló un juramento por su poca memoria y volvió al cuarto de pilotaje para tomar la lectura de las estrellas.

La larga forma delgada de Blaustein acuchilló el aire mientras acababa su tarea; el flaco y anguloso rostro estaba manchado de aceite y el cabello parecía más alborotado que nunca.

—No puedo encontrar nada —informó—. Lo comprobamos todo desde los puentes de Whatstone hasta los computadores de problemas, abrimos la célula giromática. Nada parece estar mal. ¿Quieres que desmontemos pieza por pieza este enorme cacharro?

Langley pareció meditar sobre aquello.

—No —dijo por último—. Probémoslo primero, una vez más.

El sólido y compacto Matsumoto entró; sonrió en su turno masticando su clásico chicle y soltó algunas herejías que a él le parecían sumamente edificantes.

—Podría ser que el cacharro tuviera solo retortijones de tripas —dijo—. Cuanto más complicada es la órbita mejor se desenvuelve. Hasta parece tener criterio propio.

—Sí —dijo Langley—. Un mecanismo brillante, dedicado por entero a tomar el pelo a sus constructores.

Ya tenía sus coordinaciones. La tabla astronómica le indicó la posición de la Tierra y ajustó los mandos de la superimpulsión para que les sacara allí mismo, aunque con el lógico remanente de posibles errores.

—Ataros y poneros los sombreros, hermanos —recomendó.

No hubo ninguna sensación mientras, maniobraba el conmutador principal. ¿Cómo podía haberla, sin tiempo que involucrar? Pero, de repente, la chispita del Sol fue un disco púrpura sucio mientras la pantalla se polarizaba para resistir su fulgor.

—¡Hurra! —exclamó Matsumoto—. ¡Honolulu, allá voy!
Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Langley.

—¡No.! —dijo.

—¿Eh?

—¡Mira el disco solar! No es lo bastante grande. Deberíamos estar a una A. U. de él; en la actualidad estamos aproximadamente a uno y un tercio.

—¡Bueno, maldita sea! —exclamó Matsumoto.

Los labios de Blaustein se contrajeron nerviosos.

—Teníamos... creíamos tener el control hasta un punto en el que el error de llegada fuese menor del uno por ciento. Lo comprobamos dentro del sistema del sol de Holat. ¿Por qué no puede funcionar bien, dentro de nuestro sistema solar?

—Me preguntaba —el rostro de Matsumoto parecía pensativo—. ¿Nos estaremos acercando de manera asintota?

La perspectiva de pasarse una eternidad viajando sin cesar, aproximándose siempre progresivamente a la Tierra y no llegando nunca a alcanzarla era escalofriante. Langley la desechó y volvió a tomar los instrumentos intentando centrarse a sí mismo.

Se hallaban en el plano eclíptico y una barrida con el telescopio a lo largo del Zodíaco, sirvió para identificar inmediatamente a Júpiter. Luego, las tablas indicaron la proximidad de Marte, y, asimismo, a Venus, en dirección opuesta.

Un instante después, Langley dejó sus bártulos en el estante propio y distendió su mirada en torno de sí, con expresión energética aunque enigmática.

—Las posiciones planetarias no están bien —dijo—. Creo haber localizado a Marte, pero, lo veo verde... es... es increíble, pero es así.

—¿Estás borracho? —preguntó Blaustein.

—No tengo tanta suerte —repuso Langley—. ¡Mírale tú mismo en el espectroscopio! Eso es un disco planetario y, desde nuestra distancia del sol y su dirección, solo puede intercalarse la órbita de Marte. Pero este Marte no es rojo, sino verde.

Permanecieron sentados, completamente inmóviles.

—¿Opinas algo, Saris? —preguntó Blaustein discretamente.

—Prefiero no decir nada. —Aquella profunda voz sonó a algo calculadamente inexpresivo, pero aquellos ojos, ¡tenían un brillo que revelaban una inteligencia que estaba en acción!

—¡Al infierno con todo! —De manera descuidada, Langley dirigió la nave cuarteando a través de la órbita. El disco solar saltó en las pantallas.

—¡Tierra! —susurró Blaustein emocionado—. ¡La reconocería en cualquier parte!

El planeta pendía azul y brillando contra la noche, su luna, como una gota de oro fresco. Las lágrimas asomaron a los ojos de Langley.

Volvióse a inclinar sobre sus instrumentos, tomando posiciones. Se encontraban aún casi a medio A. U. de su meta. Era tentador olvidarse de las condenadas máquinas y volver a casa empleando los cohetes, pero eso exigiría mucho tiempo y Peggy estaba esperando. Ajustó los controles para emerger a 500 millas de distancia.

—¡Salto!

—Estamos mucho más cerca —dijo Matsumoto—, pero no lo hemos conseguido todavía.

Por un momento un iracundo sentimiento hacia la máquina se apoderó de Langley. Lo reprimió sin embargo, y tomó sus instrumentos.

Esta vez la distancia era de casi 45 000 millas. Otro cálculo. Este calculando el movimiento de traslación del planeta. Mientras, el reloj llegaba al instante que él había elegido: manipuló el conmutador.

—¡Lo logramos! —exclamó.

Allí estaba; un escudo gigante, casi totalmente velado por nubes, blasonado por las manchas de sus continentes. Una única estrella radiante en la que los curvados océanos enfocaban la luz del sol. Los dedos de Langley parecían trémulos, mientras tomaba los datos facilitados por el radar: El probable error aquella vez no tenía importancia.

Los cohetes vomitaron fuego, empujándoles hacia atrás en sus asientos, mientras conducían el navío hacia adelante.

«Peggy. Peggy. Peggy», era como una canción dentro de él.

¿Era chico o chica? Revivió como si hubiera ocurrido una hora antes, cómo habían intentado encontrarle un nombre; no querían verse pillados de improviso cuando el hombre trajese el impreso del registro de nacimientos. «¡Oh, Peggy!».

Entraron en la atmósfera, demasiado impacientes para preocuparse de ahorrar combustible describiendo una elip-

se de frenado, bajando hacia atrás sobre un chorro de llamas. La nave rugió y atronó en su torno.

Al poco, comenzaron a deslizarse en una larga espiral que les llevaría a describir media circunferencia en torno al globo terráqueo, antes de aterrizar. Había un austero rugir del aire exterior.

Langley estaba demasiado ocupado pilotando para contemplar el paisaje, pero Blaustein, Matsumoto e incluso Saris Hronna clavaron sus pupilas en las pantallas. Fue el hollano el primero en hablar.

—¿Es eso la ciudad de la que vosotros hablasteis tanto y que decís se llama Nueva York?

—No, ahora estamos sobre el Oriente Medio, creo —Blaustein miró hacia el firmamento nocturno, poblado de centelleantes lucecitas—. ¿De todas maneras, qué es esto? —dijo, señalando un punto determinado.

—Hummm, que me aspen. Nunca vi ninguna ciudad en esta zona, lo bastante grande para que se pudiese divisar sin telescopio —dijo Matsumoto—. ¿Ankara? Tal vez. La noche allí debe ser extraordinariamente clara.

Pasaron los minutos.

—Esos son los Alpes —apuntó Blaustein—. ¿Veis cómo la luna los ilumina? Solo —De pronto gritó—: ¡Bob! ¡Se condenadamente bien que allí no hay ninguna ciudad de este tamaño!

—¡Dios! Debe ser casi tan grande como Chicago —Matsumoto hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono profundo y extraño—. Jim, ¿has mirado bien a la Tierra mientras nos acercábamos?

—Pues, yo creo... ¡vamos...! Sí. ¿Por qué?

—¡Pss! ¡Se me acaba de ocurrir! No he visto ningún casquete polar.

—¿Eh? ¡Oh.!, ¡oh!

—Recuerda, ¿quieres? Estábamos demasiado excitados para fijarnos en detallitos, pero identifiqué perfectamente a Norteamérica. Tan claramente como te veo a ti, y debería

de haber visto el casquete Polar Ártico. Lo he visto desde el espacio un millón de veces, solo que, ahora había allí unas cuantas manchas oscuras: islas, tal vez, pero nada de nieve. Nada en absoluto.

Silencio.

Luego Blaustein dijo con voz áspera:

—¡Probad la radio!

Cruzaban Europa y ponían proa hacia el Atlántico, aun disminuyendo la velocidad, la cabina parecía un horno. De vez en cuando, sobre las vastas aguas, surgían cual joyas de luz, creadas por un artífice misterioso, ciudades flotantes, donde nunca las había habido.

Matsumoto manipuló concienzudamente los mandos del receptor. Unas palabras llegaron hasta él. Una jergonza sin ningún sentido. ¡Qué raro!

—¿Qué diablos? —murmuró—. ¿Qué clase de idioma es este?

—No es europeo, te lo aseguro —dijo Blaustein—. Ni siquiera ruso. Lo conozco lo suficiente como para identificarlo. ¿Oriental? No creo.

—Ni chino, ni japonés. Probaré en otra banda.

La nave se decantó sobre Norteamérica hacia, el amanecer. Vieron como pasaba la Costa. De vez en cuando, Langley manipulaba giróscopos y cohetes para controlar el descenso. En su alma sentía una fría desolación. Y en su paladar un sabor acre y desagradable.

El idioma desconocido brotaba de todas las frecuencias. Abajo la tierra era verde, pasaban raudos enormes trechos de campos y bosques. ¿Dónde estaban las ciudades y los pueblos y las granjas, dónde estaban los caminos, dónde estaba el mundo?

Sin puntos de referencia identificables, Langley trató de localizar el espaciopuerto de Nuevo México, que era su base. Estaba lo bastante alto como para facilitar su objetividad, aun a través de las nubes errantes. Vio el Mississippi y

luego, lejos, creyó reconocer el Platte, y se orientó maquinalmente.

Una ciudad se deslizó abajo. Estaba demasiado lejos para reparar en detalles, pero no se parecía a ninguna ciudad de las que él conocía. El árido desierto de Nuevo México se había vuelto verde, surcado con canales de riego.

—¿Qué ha pasado? —dijo Blaustein como un hombre a quien le han golpeado el estómago—. ¿Qué ha pasado? ¡En nombre de Dios!, ¿qué ha pasado?

Algo apareció en su campo de visión; algo de estructura larga, acigarrada, parecía compaginar su velocidad y órbita, con la velocidad del *Explorer* con increíble eficiencia. En aquel objeto no se veían signos de motores a reacción, ni cohetes, ni hélices, ni nada. El objeto se aproximó más. Tenía el tripe de volumen del *Explorer* y Langley pudo ver en él una serie de planas torretas como de artillería.

Pensó vagamente en invasiones del espacio, monstruos de las estrellas arrollando y transformando la Tierra en breve espacio de tiempo, en el horror de las víctimas de aquella transformación. Una tenue explosión y un reflejo blanco-azulado que le lastimó los ojos, interrumpió sus evocaciones temerarias y notó la vibración de una onda expansiva.

—¡Son salvas de aviso! —reveló con voz helada— ¡será mejor que aterricemos!

Allí abajo había un desparramado complejo de edificaciones y espacios abiertos; parecía ser cemento. Negros moscones volaban en su torno y se veían altas paredes rodeándolo todo. Langley alzó el morro del *Explorer* y lo hizo bajar de popa hasta la superficie.

Cuando cortó los cohetes, se produjo un silencio vibrante. Luego se desató del sillón y se puso en pie.

Era un hombre alto y allí plantado daba una impresión grisácea; uniforme gris, ojos grises, cabello negro prematuramente listado en gris, un rostro largo de aquilina nariz, moreno por la luz de extraños soles. Y cuando habló, el tono de su voz parecía emanar cadencias grises también.

—Vamos. Tendremos que salir, para ver qué quieren —
decía, escuchándose a si mismo como si fuese otro el que
hablaba.

Dos

Lord Brannoch Dhu Crombar, Almirante Terciado de la Flota. Alto Noble de Thor, embajador de la liga de Alfa-Centauro en el Tecnicado Solar, no parecía un dignatario de ninguna potencia civilizada.

Era un gigante: dos metros de estatura, tan ancho de hombros que parecía casi cuadrado. La melena amarilla de un capitán thoriano le caía pasado las orejas en donde anillos enjorjados relucían sobre el imponente cuello; los ojos eran azules y felices bajo un bosque de cejas y el rostro era torpe y pesado y bronceado, surcado con viejas cicatrices. Su pijama era de corte centauriano, completo con pantalones y en extremo coloreado; un cinturón de diamantes, en forma de collar le rodeaba la garganta. También se le conocía como a un deportista, cazador, duelista, poderoso don Juan y un fanfarrón matesiete con insuperable conocimiento de los lugares más tenebrosos de media docena de planetas. El apartamento que su enorme cuerpo parecía llenar por completo, estaba atestado de color, y de trofeos, aunque apenas se descubría un libro en las estanterías.

Todos aquellos tapujos encajaban perfectamente bien con su carácter, pero ellos también mantenían una especie de tapadillo para uno de los cerebros más agudos del universo conocido. Podría haberse observado que la bebida en su mano, mientras descansaba en la terraza, no era el aguardiente rascatripas de su planeta natal, sino uno de los mejores vinos venusianos, que ingería deleitándose en cada uno de los sorbos como un verdadero entendido en